

Tres narradores mexicanos

Del cuento y otros lugares

Rodolfo Mendoza Rosendo

I. Brevísimos panoramas

La tradición cuentística en México se constituyó, ya en forma, en el siglo XIX. No podemos decir que las narraciones prehispánicas (azteca, tolteca, tlaxcalteca, maya) fueron tomadas como la raíz genésica del cuento mexicano, pues aquellos relatos se quedaron casi exclusivamente en el ámbito oral. Para los escritores (mestizos ya todos) del siglo XIX, los temas, la constitución y la forma del cuento tendían más hacia una estética europea. Así, se ha dado en mencionar a José Joaquín Fernández de Lizardi como el fundador del cuento mexicano, con la publicación de “Ridentem dicere verum ¿quid vetat?” (1814) y “Los paseos de la verdad” (1815).

Siglo de evolución, de experimentación y errores, el XIX transcurrió por el costumbrismo, el romanticismo, el indianismo y el cuento histórico. Fue con la obra de José María Roa Bárcena, Vicente Riva Palacio e Ignacio Manuel Altamirano que el cuento mexicano alcanzó un horizonte de madurez.

II. Tránsito

Debemos a la obra de Pedro Castera, Justo Sierra, José López Portillo y Rojas, Manuel Gutiérrez Nájera, Carlos Díaz Dufío, Rafael Delgado, Federico Gamboa, Amado Nervo y Mariano Azuela, entre muchos otros, el tránsito literario

entre el siglo XIX y el XX. Estos autores cultivaron con maestría el realismo, el modernismo, el nacionalismo y el regionalismo.

En el caso específico de Mariano Azuela, es este autor quien ofrece con su novela *Los de abajo* una de las visiones más completas de la Revolución Mexicana, tema que será sobradamente abordado por los narradores del siglo XX.

III. El cuento moderno

Sin duda, el siglo XX ha sido el periodo de mayor producción cuentística. Habrá que decir que con el Ateneo de la Juventud, el cuento en México recorre los temas más diversos y acaso inéditos para la literatura mexicana. El grupo conformado por José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Carlos González Peña, Mariano Silva y Aceves, Julio Torri y Martín Luis Guzmán transformó la narrativa; gracias a ellos la literatura mexicana pudo conocer, por vez primera, microrrelatos, cuentos-ensayos, cuentos aforísticos, cuentos con una gran carga lírica, humorísticos, cuentos sobrenaturales, fantásticos. Fue gracias a la obra de los arriba mencionados que el cuento salió de la casilla en la que se encontraba y empezó a combinarse y adaptarse a un ambiente más amplio, universal.

Los años que van de 1940 a 1955 son los años que marcan un hito en la literatura mexicana.

Aquí ven la luz las obras de las máximas glorias cuentísticas de nuestro país: Efrén Hernández, José Revueltas, Juan José Arreola, Francisco Tario, Juan Rulfo y Edmundo Valadés.

Inmediatamente posterior a estos años empieza a fraguarse la obra de autores que no le van en zaga a sus predecesores: Carlos Fuentes, José Emilio Pacheco, Amparo Dávila, Vicente Leñero, Jorge López Páez, Sergio Pitol, Emilio Carballido, Sergio Galindo, Juan Vicente Melo, Juan García Ponce, Inés Arredondo, Rosario Castellanos, Jorge Ibargüengoitia, Salvador Elizondo, José de la Colina, autores todos ellos de una obra valiosísima para las letras en lengua española; la fama de algunos de ellos ha sobrepasado las fronteras de nuestro país, y le han dado a éste un lugar dentro de las letras internacionales. Con una obra universal, erudita, experimental, polifónica, fuertemente sexual —en algunos casos—, homosexual —en otros—, heterodoxa pues, estos autores son considerados las voces más representativas de las letras modernas en México.

IV. Una vuelta de tuerca

Como respuesta a la anterior estética —que apostaba por una literatura total (si cabe el término), una obra que debía ser universal— surge a mitad de la década de 1960 la literatura de La Onda, teniendo como principal exponente a José Agustín, quien en 1964 publicara su célebre *La tumba*. Inmediatamente después de ese año surge la obra de Parménides García Saldaña, René Avilés Fabila, Héctor Manjarrez, Gerardo de la Torre, entre otros. Sus temas: el rock, las drogas, el cine, el *desmadre*. De corta vida, pero de gran influencia, La Onda les ofreció a las siguientes generaciones la posibilidad de una completa libertad, negando los temas tabúes y abordando todo lo que estuviera al alcance de ellos, en cuanto a lenguaje, forma y recursos.

V. Fin de siglo

Durante los 70 y hasta la fecha, empiezan a ser habituales los nombres de Guillermo Samperio, María Luisa Puga, Hernán Lara Zavala, Agustín Monsreal, Jesús Gardea, Carlos Montemayor, Luis Arturo Ramos, Ricardo Elizondo Elizondo, quienes a partir de aquella década vienen (a excepción

de Jesús Gardea, muerto en el 2000) conformando una obra llamada a ser la más importante del cierre del siglo XX y principios del XXI.

Junto a ellos, pero pertenecientes a una generación más joven, la nacida en las décadas de los cincuenta y sesenta, los nombres de Daniel Sada, Juan Villoro, Pedro Ángel Palou, Jorge Volpi, Ignacio Padilla, Eduardo Antonio Parra, entre otros, se distinguieron como los narradores más propositivos de las letras mexicanas.

VI. Tres narradores mexicanos

Martín Solares (1970), Miguel Tapia Alcaraz (1972) y Antonio Ortuño (1976) son tres de las voces de la narrativa mexicana que han destacado no sólo en el ambiente nacional, sino que han sido ya traducidos a varios idiomas y publicados en diferentes países.

Martín Solares es un narrador potente que se dio a conocer gracias a la espléndida novela *Los minutos negros*, obra que, aunque con sobrados guiños a la cultura popular mexicana, no es una novela “mexicana”, sino que desenmaraña la miseria humana: asesinatos de niñas y periodistas, violencia social, corrupción, inseguridad. Amén de lo anterior, no se debe omitir que el oído de Martín Solares es uno de los más privilegiados de la narrativa actual: sabe calcar al punto el habla popular y convertirla en ritmo universal, ese ritmo que tiene por sí mismo la maldad, el horror y lo nauseabundo. “El planeta Cloralex” es muestra de ello: cómo la maldad se trasluce en estulticia, cómo “los otros” no son más ridículos que uno mismo y la manera en que la ignorancia es lo único infinito en el hombre.

Miguel Tapia Alcaraz es un narrador casi inédito y no por eso menos contundente. La crítica lo ha recibido como una de las voces más prometedoras de la narrativa mexicana. Sus cuentos son más audaces en la forma, como en el caso de “Señor de señores”: cuento que adopta la forma del versículo. Nacido en el norte de México, Tapia Alcaraz se nutre de la violencia reinante en esa parte del país para mudar la vida de narcotraficantes por la de unos semidioses. Haciendo alusión a una tristemente célebre canción del género corrido —“Jefe de jefes”, de los Tigres del Norte—, el cuento de Tapia es un ritornelo más que una apología o una descripción de la violencia del narco.

Antonio Ortuño es un narrador, digamos, más clásico. Devoto, como se verá, de Chéjov, Hemingway o Carver, cuenta menos de lo que en realidad sucede. La brevedad es uno de sus dones, aunque dentro de esa brevedad se acumula un caudal de sentimientos, rencores y miserias. Autor de dos novelas —*El buscador de cabezas* y *Recursos humanos* (finalista del Premio Herralde de novela, Anagrama, 2007)— y un libro de cuentos —*El jardín japonés*—, Ortuño ha cobrado una notoria importancia en el ámbito latinoamericano.

VII. Del cuento y otros lugares

La obra de Martín Solares, Miguel Tapia Alcazar y Antonio Ortuño, está marcada no sólo por el cuento como género en sí mismo, sino por la contemplación. Observadores de su entorno y de su tiempo, han logrado llevar la contemporaneidad a sus libros, pues además de cuentos, son autores también de novelas, ensayos, reseñas y crónicas. Nada escapa al mundo literario de estos autores mexicanos quienes, atentos, ven en el cuento el lugar idóneo para explorar la profundidad de la condición humana.

A pesar de mostrar estéticas tan disímiles, en algo coinciden los tres: el espacio (la ciudad, hospitales, el campo del narco, ya no el bucólico) es fundamental para el desarrollo de su obra. En el caso de Solares, los lugares abiertos ciñen

los actos de los personajes, y se vuelven, en esas extensiones, una suerte de encierro. En el caso de Tapia, el retorcimiento de sus personajes está encuadrado en un universo enmarañado, casi etéreo. Por lo que toca a Ortuño, hay que decir que en su literatura los espacios son tan cerrados como asfixiantes: la sordidez de un hospital deja en indefensión a sus personajes.

En fin, que en la obra de estos tres narradores el lenguaje, los espacios y el tono son vitales y mortales, al mismo tiempo, para sus personajes; y ellos, como autores jóvenes, teniendo ya una obra sólida, declaran, como en aquel final de *Mars*, de Fritz Zorn: “Yo todavía no he vencido aquello que estoy combatiendo (...) y lo que es más importante (...): Me declaro en estado de guerra total”. ■

Rodolfo Mendoza Rosendo (México)

Egresado de la Facultad de Letras Españolas de la Universidad Veracruzana. Ha colaborado en diferentes medios impresos con crítica cinematográfica, musical y literaria. Es coautor del libro *Cuarenta años de labor editorial: crónica y testimonios*, de la Universidad Veracruzana. Es suya la edición de *Sergio Pitó en casa*, reunión de los textos de Sergio Pitó en *La Palabra* y *El Hombre* de 1960 a 2003. Actualmente es Jefe de Materia de Literatura en el Colegio de Bachilleres del Estado de Veracruz, y dirige la revista literaria *La Nave*. En el 2010 publicó, junto a Alicia Rueda e Ignacio Ruiz-Pérez, el volumen *Independencias, revoluciones y revelaciones. Doscientos años de literatura mexicana*, editado por la Universidad de Texas, Arlington-UC Mexicanistas - Universidad Veracruzana.



Vers du sud. Acrílico/papel 70cm x 100cm. 2007

El planeta Cloralex

Martín Solares

Entre los investigadores del FBI que desaparecieron en la década de los setenta, una de las figuras más enigmáticas es la de Cormac McCormick (1928-1978). El legendario detective se dirigía a la ciudad de Reno, Nevada, donde planeaba ofrecer una rueda de prensa a la que nunca asistió. Su coche se encontró abandonado cerca de un basurero en el desierto de Chihuahua, sin señales de violencia —y lo que es más extraño—, se encontraron sus ropas y las tarjetas de crédito intactas.

Como se sabe, el FBI dirige investigaciones muy diversas de manera simultánea. Mientras que sus colegas trataban de averiguar la identidad de un asesino en serie o los contactos del tercer tipo reportados en Milwaukee, McCormick vivió obsesionado por desentrañar un misterio más acuciante.

Creció en Brownsville, Texas. Su hermana de tres años murió al ingerir el contenido de una vistosa botella que encontró tirada en el patio. Como se supo después, la botella de Cloralex fue arrojada allí por un grupo de mexicanos que se dirigían a la Isla del Padre. Este hecho decisivo marcó como un hierro ardiente la personalidad de McCormick.

Nunca fue un estudiante modelo, sino más bien retraído. Sin duda el más taciturno de su generación, el joven Cormac acostumbraba vigilar a sus compañeros y tomar notas en abultados cuadernos. En lugar de bailar prefería pasear con una bolsa y un gancho, y recoger muestras de basura que después analizaba. Reñía constantemente con sus padres, que nunca respetaron sus aficiones, y más de una vez se deshicieron de su colección personal. Al terminar la *High School* abandonó los estudios y se dedicó a viajar de manera obsesiva por la frontera norte de México, sólo por la frontera, sin avanzar más allá, como un bañista que no se decide a penetrar en el agua. Recorrió toda la franja fronteriza, de Tijuana a Matamoros, sin adentrarse nunca más de un kilómetro, apenas lo suficiente para comprobar que el lado mexicano era un enorme basurero. Los mexicanos, apuntó en sus cuadernos, tienen gran capacidad de adaptación, y si bien dejan de tirar basura mientras visitan un país extranjero, retoman la costumbre con más bríos al regresar a su tierra. El resultado de esta expedición fue un libro de viajes, que permaneció inédito hasta el día de su muerte. En él se intentaba explicar qué llevaba a los mexicanos a ensuciar su hábi-

tat natural. Cuando cumplía 25 años entregó el borrador a la editorial City Lights, el mismo día que un joven que acababa de conocer, un tal Jack Kerouac, entregaba el suyo. Dos meses más tarde, la editorial decidió publicar *On the Road*, el libro de Kerouac, y no “On the Border”, el que pergeñó Cormac, pues el primero exploraba toda la Unión Americana y el de Cormac sólo echaba un vistazo por el sur del país —y del lado más sucio—. Antes de que McCormick pudiera descorazonarse, un hecho insólito estaba por cambiar su existencia. Entre los lectores de City Lights se encontraba el profesor Johnson, un agente encubierto al servicio del FBI. Johnson, que leyó el manuscrito, reconoció la capacidad de observación y el talento del joven Cormac: “Necesitamos gente como tú”, le dijo, y lo invitó a sumarse a La Agencia. Cormac no lo dudó ni un instante.

Le asignaron una oficina en Arkansas, presupuesto para viajar y comprar libros, y la obligación de presentar resultados anuales. El día que le entregaron su placa, el mismo J. Edgar Hoover, director del FBI, lo llamó a su oficina: “Su investigación es de vital importancia para nosotros”, y a continuación le tomó las huellas digitales. En su primera hipótesis, McCormick sugirió que los mexicanos tiran basura como una manera de criticar la corrupción del gobierno, pero la idea no tuvo mucha aceptación entre sus colegas: “Un pueblo que soporta a un mismo partido en el poder durante tantos decenios no tiene conciencia política”. La segunda hipótesis que exploró fue que ciertos mexicanos tiran basura porque están deprimidos. Si ingirieran los fármacos adecuados, dijo, tendrían el optimismo suficiente para caminar hasta los botes de basura. Empero, las estadísticas demostraron que no había suficientes botes de basura *per cápita* en la república mexicana, por lo que abandonó esta línea de reflexión. “Libérese, suelte la imaginación”, le sugirió Edgar Hoover. Con el apoyo de Johnson, su verdadero benefactor, Cormac desarrolló su tercera teoría, quizá más extravagante, según la cual los mexicanos ensucian todo porque viven de espaldas a la idea de la reencarnación, “Por ahora”, señaló, “se diría que los mexicanos están convencidos de que van a desaparecer de

manera definitiva. Si creyeran que van a volver reencarnados al mismo sitio, se preocuparían por las generaciones venideras y dejarían de ensuciar su territorio”. Pero como el orientalismo no estaba de moda —y Edgar Hoover pensaba que Buda era un alien—, McCormick tuvo que abandonar esta idea promisoriosa.

Así empezó la famosa crisis de McCormick. Decepcionado, pidió un año de permiso y se dio al alcohol y a los excesos. En una de sus borracheras terribles cruzó la frontera de México sin darse cuenta, y tardó nueve meses en regresar. Durante sus incursiones en Durango, cuando nadaba en el corazón de la reserva ecológica, una botella de Cloralex llegó flotando hasta el detective y en vista de que sólo una inteligencia superior podía conseguir tal efecto, McCormick tuvo una revelación: los mexicanos ensucian todo porque son extraterrestres. Vienen de una galaxia muy remota y están convencidos de que su paso por la república mexicana es apenas una estación momentánea en su vida: ¿Para qué limpio el entorno, se preguntan, si al rato llega por mí la nave nodriza? Por descabellado que pueda sonar, esta teoría no sólo no provocó escepticismo en el FBI, sino que le aumentaron el presupuesto y le asignaron dos auxiliares.

Fue así como empezó su etapa más productiva. En los siguientes veinte años convenció a sus jefes de que lo instalaran en México, le compraran un auto y se dedicó a explorar cada rincón del país. Del más urbano al más extraño, del más chic al más menesteroso; Monterrey, Zacatecas, Polanco, la colonia Doctores, el desierto de Sonora, Real de Catorce, el Bolsón de Mapimí no tenían secretos para él. En sus memorias inéditas en castellano, *Basura o Nuestro patio trasero es un campo de aterrizaje*,¹ McCormick cuenta cómo, al explorar las profundidades del cenote sagrado de los mayas, sabía que estaba alcanzando un nuevo nivel de profundidad gracias a la antigüedad de las botellas de Cloralex que iba encontrando en su camino. “En México, decía el explorador, los basureros son el alfa y el omega. Uno sale a la calle y encuentra basura, sube a un camión y encuentra basura, viaja al extremo del país, al sitio más apartado del mundo, y cuando cree haber llegado a un sitio virgen, siempre encontrará más

basura, porque un mexicano ya estuvo allí. ~~Bolsas de fritangas y de Pan Bimbo parecen seguirlos por doquier, como si fueran más necesarios que el aire o el agua. El punto más accesible y el más recóndito que uno puede imaginar siempre serán basureros.~~ Los mexicanos no pueden vivir sin basura, su organismo no se los permitiría. A esto se debe que lo único que ha tenido continuidad en la identidad mexicana es su pasmosa facilidad para ensuciarlo todo”.²

Con esta idea en mente, McCormick encontró cada vez más indicios de la vida en otros planetas. En uno de sus famosos experimentos, el detective siguió a una familia de chilangos durante dos meses, sólo para comprobar el placer con que los González dejaban rastros de su paso por la tierra. Hasta el bebé de dos años arrojaba sus pañales con tenacidad asombrosa, casi de manera instintiva. Cuando los González se dirigían de vacaciones a las playas de Acapulco, el norteamericano tuvo un presentimiento en verdad importante, se detuvo a mitad del camino y comprobó que toda la carretera entre Cuernavaca y Caletilla estaba sembrada de evidencias. Una larga capa de basura señalaba la actividad de los mexicanos, y esto le pareció muy alarmante, aunque entonces no supo explicarse por qué. Presa de un sudor frío, McCormick se puso en contacto con el coronel Aldrich, de la NASA, el cual le confirmó que, vista desde el espacio, la república mexicana tiene la forma de un cuerno de la abundancia, que resplandece debido a los millones de botellas de Cloralex, esparcidas a lo ancho y lo largo de su vasto territorio. Fue allí cuando comprendió todo: el complot era tan sutil que podía pasar inadvertido. Del Suchiate al Río Bravo, pronto cada centímetro cuadrado estaría cubierto de basura, porque de esta manera los mexicanos llaman a la nave nodriza. Lo gigantesco es una forma de lo abstracto, concluyó el detective, cada vez más aterrado; hay cosas tan grandes que se vuelven invisibles.

Contra lo que esperaba, la dirección del FBI no estuvo interesada en sus hallazgos y lo reubicó en las oficinas de Arkansas. Entonces vivió lo que se conoce como “su periodo negro”. A finales de los sesenta, McCormick decidió abandonar las filas de La Agencia, alegando un complot en su contra. Aunque vaciaba minuciosamente su bote de basura

todas las noches, el bote siempre estaba repleto la mañana siguiente, tenía que haber un mexicano entre el personal. Tras presentar su renuncia vivió como un fugitivo y publicó el resultado de sus investigaciones en editoriales de amplio criterio, sobre todo en el sur de la Unión Americana.

Poco antes de desaparecer, McCormick anunció que haría revelaciones sensacionales sobre el planeta Cloralex. Vino a despedirse de mí, que fui su asistente en Chihuahua, cuando fotografiamos los basureros, y se fue manejando hacia la garita aduanal. Iba vestido con un traje huichol y repetía con insistencia: “Ya van a venir”. Como es bien sabido, una botella olorosa a desinfectante fue encontrada bajo la llanta delantera de su auto.

La vida de McCormick ha tenido grandes detractores, pero ningún seguidor. A mí me parece que su figura no ha hecho más que agrandarse. Me digo esto mientras miro a mis compatriotas y me parece que el tiempo, que hace justicia, le dará la razón. ■

Martín Solares (México)

Nació en Tampico, Tamaulipas, en 1970. Narrador, ensayista, profesor, traductor y editor. Recibió el Premio Nacional de Literatura Efraín Huerta en 1998 y el Premio Nacional de Cuento Infantil Juan de la Cabada en 2008. Desde el 2007 es director literario de Editorial Almadía. Su novela *Los minutos negros* (Mondadori, Barcelona, 2006; y Debolsillo, Barcelona, 2007), ha sido traducida al alemán: (*Die schwarzen minuten*, Lübbe, 2008), francés (*Les minutes noires*, Christian Bourgois Editeur, 2009) e inglés (*The black minutes*, Grove/Atlantic, 2010).



Notas

¹ California University Press, USA, 1977, 480 pp.

² La traducción es mía. (M.S.)

Felicidad

Antonio Ortuño

“ Conocí a la mujer de mi vida antes de que nacieras. Tu hermano era pequeño entonces”. Eso dijo mi padre. Contuvo sin garbo la tos y engulló la saliva que obstruía su gañote. “Apenas cruzamos palabra el primer día. Pero nos encariñamos luego hasta el punto de enfermarnos si nos alejábamos”.

“¿Y qué sucedió?”, pregunté con más compasión que interés, acomodándole la cabeza en los almohadones y ayudándolo a enderezarse en el lecho hospitalario. “Tu madre lo notó enseguida y me desanimó. La gente con hijos no debe divorciarse, me dijo. Tenía razón. Las felicidades se baten a duelo y una de ellas debe morir. En mi caso, el matrimonio y la paternidad aniquilaron la felicidad que ofrecía la mujer de mi vida: le hice caso a tu madre y nunca volví a verla”.

Dijo esto y se abandonó a la inconsciencia. Estaba pálido y mal rasurado. Me aseguré de que el suero fluyera a sus arterias y el oxígeno a sus pulmones y salí de la habitación. No me enamoran los hospitales. Tampoco acostumbro dedicar pensamientos a palabras como felicidad.

Mi madre merodeaba por la cafetería. Levantó las cejas al verme, preguntándome por la salud del marido, aunque sin vocalizarlo. Eso jamás. “Me contó lo de la mujer de su vida. Al menos esa historia no la había oído antes”, le dije. Ante ella, solía escenificar un papel de fastidio permanente por todo lo que tuviera que ver con mi padre. Esa farsa me había evitado las largas charlas de desengaño dedicadas a mi hermano. Reconocí desde pequeño que mi padre era la mierda más repulsiva del planeta. ¿Para qué rebatir una idea tan útil a la convivencia familiar?

Mi hermano vino a relevarme por la noche, en cuanto lo dejaron salir del trabajo. Llegó preparado para una velada de amor filial: un libro, ropa cómoda, revistas viejas para tener a mano si nuestro padre era atacado por el insomnio. “Pasó un día pésimo. Me contó tres veces la misma historia y no me reconoció durante parte de la mañana. Deberías pedir que lo seden”, recomendé, aunque sabía que no aceptaría mi consejo: esperaba beberle palabras de sabiduría incluso en el lecho de muerte. Su elusiva muerte, hay que decir. “No pasarán más de quince días”,

había pronosticado el médico cuando ordenó la hospitalización. Pero tres semanas habían llegado y marchado sin que los pulmones de mi padre dejaran de cumplir su labor.

Desayuné con mi madre en la cafetería del hospital antes de relevar a mi hermano. Parecía irritada. No puso atención a lo que narré mientras tomaba el pan con café —anécdotas sin interés sobre enfermeras y médicos—. “Ahora es irreversible y debería decirles todo”, dijo, repentina, cuando apuraba el cigarro final. “Lo de tu padre entonces. Y lo mío entonces. Sobre todo lo mío”.

Presenté confesiones. Pero ya había desperdiciado mis vacaciones encerrado allí y no deseaba convertirme ahora en recipiente de su culpa. “Habla con Pablo. Le diré que baje. Estoy retrasado y querrá desayunar”, pretexté antes de meterme al elevador y evadirme de los blancos dedos de mi madre, que me llamaban.

A mi hermano le ordené que la viera en la cafetería. Le costó trabajo soltarle la mano a nuestro padre, que resollaba como un tren expreso. “Cúidalo”, susurró mientras recogía sus revistas. Revisé las cánulas del suero y el oxígeno y me eché a dormir. Y lo hice hasta que alguien me despertó sin delicadeza. Una enfermera de pechos grandes como panes. “Su madre tuvo un colapso. Debe ir a urgencias”.

Apenas entendí la noticia mientras nos abríamos paso hacia allá. Eludimos mujeres con pañales adultos bajo las batas y ancianos cerúleos y frágiles que aparecían por decenas a nuestro paso, como un ballet decadente y espantoso. Mi hermano lloraba, agazapado en la entrada de un quirófano. Una enfermera lo reconfortaba ofreciéndole una píldora calmante.

“Estaba mal desde que mi padre fue desahuciado”. Eso expliqué al director del hospital, en su oficina, mientras firmábamos los papeles que autorizaban cremar los restos.

No era el momento para preguntar a mi hermano si había llegado a confesarle algo antes de morir. La mesera de la cafetería, cuando me servía el desayuno del día siguiente, refirió que mi madre, instalada en una mesa del rincón desde nuestra llegada al hospital, gastaba el día en murmurar y fumar, corroída por alguna idea perversa, recurrente. Omití otras indagaciones.

Mi padre murió días después. Fue sepultado junto a mi madre, en la cripta familiar. Su lápida decía: “Fueron felices y dieron felicidad”. Pienso que mi hermano la compró escrita. Espero que a buen precio. ■



Antonio Ortuño (México)

Nació en 1976. Su primera novela, *El buscador de cabezas* (2006), fue seleccionada por el diario *Reforma* como mejor primer libro del año. En 2006 apareció en España su libro de relatos *El jardín japonés*. Su novela *Recursos humanos* (2007) fue finalista del Premio Herralde de Novela de la editorial Anagrama. En 2010 fue elegido entre los 22 mejores escritores jóvenes en lengua española por la revista británica *Granta*. Ese mismo año publicó en España su segundo libro de relatos, *La Señora Rojo*. En verano de 2011 publicará su tercera novela, *Ánima*, con el sello Random House Mondadori. Es colaborador habitual de publicaciones como *Letras Libres*, *La Tempestad* y *Cuaderno Salmón*, así como de W Radio.

Pinturas

José González Veites



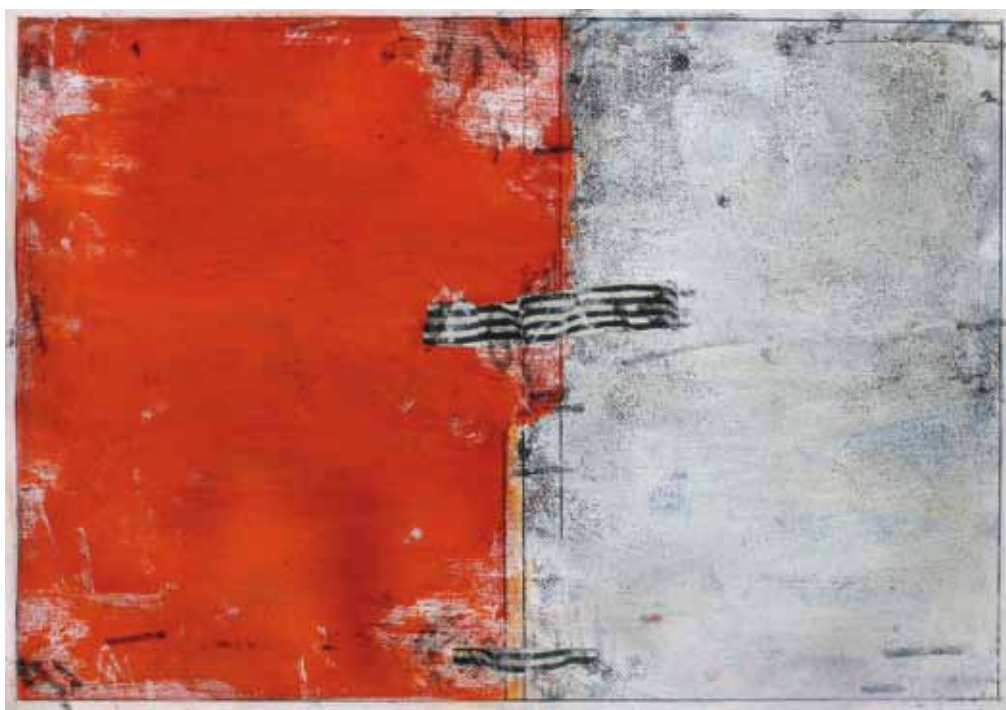
3:00 a.m. Acrílico/papel. 70cm x 100cm. 2007



Mirador. Acrílico/papel. 70cm x 100cm. 2007



Verde vértigo. Acrílico/tela. 100cm x 120cm. 2009



Ivresse. Acrílico/papel. 70cm x 100cm. 2007

José González Veites (México)

Nace en 1957. Inicia sus estudios en San Carlos en 1977 y los prosigue (1981-1982) en París y Venecia. En 1985 diseña la revista *Nexos*. Desde 1979 exhibe su obra en el país y el extranjero. En 1984 presenta su primera exposición individual en la Galería de Arte Contemporáneo, en donde sigue exponiendo. En 1991 participa en la inaugural de la Galería de Arte Mexicano.

Señor de señores

Miguel Tapia Alcaraz

1.1 El Señor llamó a Moisés

Lo invitó a sentarse sobre el tronco de un árbol caído
en el enorme huerto de la propiedad

2 El Señor dijo

Ahora que tienes lo que buscabas muéstrate agradecido
haz como te sea dicho

Dile a tu gente que esperamos ver muestras de lealtad

3 Moisés asintió en silencio

4 Ve y diles que tengan cuidado con lo que hacen
el Señor es bondadoso pero sabe castigar a quienes erran el camino
¿entiendes?

El Señor ofreció un cigarro

5 Perfectamente, Señor

dijo Moisés exhalando un humo denso

6 Ve y diles lo que has escuchado aquí
que si alguno de ustedes falla de manera involuntaria
será considerado culpable

7 El Señor hará entonces que lo traigan a punta de cuerno de chivo
lo lleven al patio donde está la noria
y ahí lo quiebren

lo cuelguen sobre la boca del pozo
para que los zopilotes se lo coman poco a poco
espectáculo que gusta al Señor

8 Esta vez Moisés no habló no parpadeó
dio a entender que comprendía con un brillo tímido en los ojos

El cigarro se consumía lento entre sus labios

9 Si alguno de ustedes falla a propósito
será considerado un traidor

A punta de cuerno de chivo será llevado al patio de la noria
colgado de los pies sobre la boca del pozo

Le desprenderán la piel a jirones
le abrirán las tripas para que brote la sangre
y los zopilotes vengan a comer de él

porque el Señor gusta de ver por su ventana las parvadas carroñeras
bajando día y noche desde el cielo ardiente

10 Moisés pasó saliva
tuvo el coraje de asentir con la cabeza
de manera casi imperceptible
11 Se preguntaba por qué tuvo que ir él y no Aarón
a escuchar los horribles castigos que le esperaban
si el acuerdo entre su clan y el Señor no funcionara
12 Si alguno me roba parte del cargamento
intenta entregarme o verme la cara de pendejo
a punta de cuerno de chivo
serán traídos hasta aquí él y sus compinches
y con ellos sus madres hermanas e hijas
13 Serán llevados al patio de la noria
puestos a salar al sol dos días enteros
antes de abrirles las tripas para embarrar la piedra del pozo
llamar a los zopilotes que vendrán a comérselos
empezando por las plantas de los pies
para que el Señor pueda ver ese espectáculo que tanto disfruta
durante varios días con sus noches
¿Estás entendiendo Moisés?
Iremos a buscar sus casas
les prenderemos fuego...
14 Moisés pensaba que debió hacer caso a su madre
quedarse en el rancho ayudando con el tractor
Tenía ganas de salir de ahí pero el Señor no dejaba de mirarlo
con esos ojos que parecían dos garras
encabronados a pesar del reciente acuerdo
que traería paz y trabajo para todos
15 Alrededor de ellos
en la amplia finca callada y verde
un ejército disimulado entre los muros
árboles y autos
vigilaba la conversación
16 Al fondo del jardín se escuchaba
el carraspeo de un acordeón y una guitarra
17 Dijo el Señor
Y a los traidores
luego que los hayan desangrado los zopilotes
les cortaremos la cabeza
la arrojaremos con dedicatoria a la comisaría
o al restaurante donde esté comiendo el hijo de puta
que los sobornó
Haremos traer a sus familias a la noria para colgarlos vivos
que se los coman los zopilotes...
18 Sí, Señor
interrumpió Moisés
ya me explicó esa parte
entiendo...
19 ¡Cállese el hocico y escuche!
¿o qué no quiere regresar vivo con su gente
darles la buena noticia?

20 Moisés siguió fumando en silencio
escuchando con atención todo lo que el Señor tenía que decirle
21 Al fondo los chirrines tocaban
con ritmo dolido y obcecado
como si la vida les fuera en ello

2.1 Ahora que me has escuchado con atención
ve y repite mis palabras
una a una ante los tuyos

2 Di a Aarón que deje lo que esté haciendo
tome a sus hijos y vaya por los hermanos Galiana

3 Esta vez Moisés no hizo el intento de moverse
ni hablar

ganas de buscar a los Galiana no faltaban
ni a él ni a Aarón ni a los hijos de Aarón
pero hasta ahora tenía la certeza
de que aquellos eran protegidos del Señor

4 El Señor dijo

Que al mayor de los Galiana lo lleven a un lugar apartado
aquel que lo sacrificará coloque la mano sobre su cabeza y lo degüelle
se deshaga del cuerpo arrojándolo al canal
envuelto en cobijas

La cabeza sea dejada junto con un mensaje
dirigido a quienes hacen planes a mis espaldas
frente a la comisaría central de la capital

5 Al del medio

aquel que lo sacrificará coloque la mano sobre su cabeza
lo degüelle con una daga
le saque la lengua por la garganta
cercene ambos pies y manos

Junto con un mensaje de advertencia a los hocicones
lo abandone frente a la casa de su familia

6 Moisés recordó a Aarón

despidiéndolo a la salida del pueblo
cuando partía rumbo a la casa del Señor

Sus consejos nerviosos

ilusionados proyectos

el regalo costoso que el Señor apenas miró
y deseó que estuviera ahí escuchando aquellas palabras

7 El Señor prosiguió

Una vez hecho esto al menor que lo traigan vivo
al séptimo día

sea llevado junto a la noria y colgado de los pies sobre la boca del pozo

Entonces y sólo entonces

me llamarán

8 Yo vendré y les estaré agradecido

El pacto quedará sellado y ustedes estarán tranquilos
pues tendrán la protección del Señor

9 Una quietud lejana se apoderó del jardín

El Señor se puso de pie y se alejó

10 Moisés quedó solo en el amplio huerto
extrañamente verde entre aquel paraje seco

árido como el acordeón que oculto
jadeaba el Señor de señores

3.1 Moisés hizo como le habían indicado
2 Partió y reunió a Aarón y a sus hijos
en la casa de la sierra
Explicó con detalle
entre el humo del cigarro
las palabras del Señor
3 Cuando Moisés hubo hablado
Aarón no dudó un instante
Armó a sus hijos y salieron juntos
la misma noche
4 Volvieron con los Galiana al día siguiente
atados de pies y manos
los colocaron frente a la entrada del granero
5 El mayor de los hijos tomó al Galiana primogénito
colocó la mano sobre su cabeza
lo degolló de un tajo
Su cuerpo fue arrojado al canal encobijado
la cabeza abandonada frente a la comisaría
6 El segundo hijo tomó al Galiana del medio
Tras haberlo degollado
le sacó la lengua por la garganta
Le cortaron pies y manos
tiraron su cuerpo aún tibio frente a la casa de la familia
7 Moisés Aarón y los hijos de éste
se presentaron al séptimo día
en el patio de la noria de la hacienda del Señor
8 Con ellos iba amordazado
desnudo y cabizbajo
el menor de los Galiana
9 Moisés indicó a Aarón y a sus hijos
Cuelguen al muchacho de las patas
Sus manos rozaban el borde del pozo
10 Moisés fue a lo alto de la escalinata de entrada
llamó al Señor
11 Desde el fondo del huerto llegaba
el canto de los chirrines
como un moribundo olvidado
que no termina de morir
12 El Señor apareció
fue directo a la boca del pozo
Miró fríamente el rostro invertido del joven
Se acercó con su séquito a Aarón y Moisés
les sonrió
colocó las manos pesadas sobre sus hombros
13 Moisés sintió alivio
pensó en su madre
en la casa prometida para el fin de sus días
Recordó el tractor y la tierra dura
que no tendría que trabajar más

14 El Señor levantó el rostro
lo abarcó todo con los brazos abiertos
15 Dijo
Bienvenidos sean a la casa del Señor
16 Los hijos menores de Aarón
ante el pacto sellado y los Galiana despachados
no contuvieron su entusiasmo
Levantaron sus rifles automáticos
dispararon al cielo en honor al Señor
Una ofrenda que no les fue ordenada
17 Al instante un fuego surgió de la presencia del Señor
devorándolos
Los hijos de Aarón caen muertos ante él
18 Moisés mira el rostro sereno del Señor
descubre en él la grandeza del gesto
Ha comprendido el sacrificio
Se acerca a su compañero Aarón
dice a su oído
19 El Señor ha dicho
Por los míos seré honrado
ante todos seré glorificado
20 El Señor se aleja con paso sereno
su séquito lo sigue fiel
21 Aarón observa la escena
con la fijeza misma de aquella altísima
tórrida luz
22 Abre los labios pero en el huerto sólo se escucha
el plañido chirrín y mortecino
de un perpetuo guitarrón 🎸



Miguel Tapia Alcaraz (México)

Nació en Culiacán, en 1972. Ha publicado *Señor de señores* y *Los caimanes* (Almadía, 2009), así como obra narrativa y traducciones del francés al español en revistas como *TextoS*, *La Nave*, *Luvina* y en internet. También se ha desempeñado como periodista en México, Barcelona y París. Su cuento “Al pueblo llegó un fulano” fue incluido en la antología *Des nouvelles du Mexique*, publicada por Editions Métailié en 2009.